

Dios: ¿extraño o amigo?

Arzobispo Pablo Yazigý

Es más que probable que los oídos de una persona en el Oriente cristiano se escandalizarían al escuchar las expresiones en las cuales se llama a Dios «amigo», esto es por la tendencia que se tiene en el Oriente a establecer una actitud cultural hacia Dios, lo que lo hace estar encima de cualquier calificativo, más aún, cuando se trata de expresiones comunes. Pero también el hombre oriental espera encontrar en un amigo varios y únicos calificativos y virtudes que jamás alcanzarán su plenitud sino en Dios mismo.

Dijo el Señor en el Evangelio: «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos.»¹ Dios nos ha hecho partícipes de su obra, de su Pasión y de su misión de edificar la Iglesia, su Reino en el mundo. Dice san Juan Clímaco: «¿Cómo amamos a Dios? –Y contesta– Como a los nuestros: madre, padre, hermano y amigo». En las santas Escrituras, Dios ha tenido varias figuras: la de la madre que amamanta a sus niños, la del padre que cuida a sus hijos; y en

Dios: ¿extraño o amigo?

Jesucristo, Dios toma la imagen del hermano y del amigo.

La Tradición confirma que Dios, como Trinidad, se ha complacido en que la segunda Persona, el Hijo, se encarne. Cuando el Hijo precisamente se encarna, Dios se descubre a sí mismo, con una claridad máxima, como «Padre», porque el Hijo, la segunda Persona, es el indicio más claro de que Dios es Padre. Él, como hombre, clama: «¡Padre!» ¿Cuántas veces oró Jesús estas palabras en lo oculto? Y, ¿cuántas otras públicamente y ante sus discípulos alzó la voz para que escuchen su clamor: «¡Abbá, oh Padre!»?

Si bien el mejor amigo es el hermano, el mejor hermano mayor es el padre. Qué hermoso es el refrán árabe que dice: «Cuando tu hijo sea grande, considéralo como un hermano.» Es una plenitud de amor y de respeto cuando el padre ama a su hijo como a un hermano. Ningún hijo encontrará a un hermano mejor que su padre.

La relación ideal de amistad, a la que se refirió Jesús cuando nos llamó hermanos, significa que uno abre su corazón al otro, que le habla como a ninguno, y que comparte con él lo que con ninguno. La amistad alcanza su plenitud cuando descubro al amigo todo lo íntimo del corazón, y cuando escucho, por medio de las palabras o del silencio, lo que el corazón del amigo pronuncia.

Son los dos elementos de la oración en la vida con Dios: hablar y escuchar. En la oración, clamo a Dios

y le revelo todo, aun lo que no revelo a ningún otro; en la oración también, presto oído a Dios y escucho, por sus palabras o silencio, de su elocuente Evangelio o de su silenciosa Presencia, lo que Él desea; luego enfatizo estas palabras: «No se haga mi voluntad sino la tuya»², y también «santificado sea tu Nombre»³.

La amistad entre dos personas no puede ser heredada sino que es adquirida. Heredamos en nuestra vida varias relaciones (la familia, el ambiente), pero estas relaciones forman vías hacia la amistad que se adquiere con esfuerzo, amor y libertad.

Lo mismo con Dios: la religión es una relación por cuyo medio nos transformamos de conocidos de Dios (en el sentido general de la palabra) en amigos de Él, propios. La religión es un método de vida que nos permite conocer a Dios; y en el cristianismo, como Padre. El hombre por instinto cree en Dios el Creador; los cristianos creemos que Dios es mucho más que eso. Dios está en una relación personal con cada uno de nosotros: es el Padre, y esta verdad es el eje central de la vida cristiana. Procuramos, por medio de nuestro cristianismo, concebir la paternidad de Dios y realizar nuestra vocación de hijos suyos. «Yo seré para vosotros Padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas.»⁴ El objetivo del tiempo (*Kairos*) en la vida es que vayamos cimentando esta relación filial y recibiendo este amor paternal, viva y diariamente.

La experiencia procurada es concebir a Dios no como aquel extraño que respetamos, adoramos, tememos, visitamos de vez en cuando y cuyos mandamientos observamos, sino el amigo de cada día, que hemos descubierto cuánto nos ama y al que nos agrada amar: es el Amigo cercano. Él es quien me acompaña en la alegría y en la tristeza, en mi debilidad y en mi fuerza, en la gloria y en el agotamiento; una vez bendice y otra fortifica. Dios no es el juez que condena, sino el acompañante y protector, el amigo que es, como dice la Tradición, «más cercano a nuestra alma que nosotros mismos.»

Hay un término muy importante en la vida cristiana que, sin embargo, lo consideramos extraño, imposible e ideal, que es la «santidad». La mejor y más sencilla expresión para describir este término es «tomar a Dios por amigo», con toda la fuerza de la palabra. De esta manera, la santidad es posible y está a nuestro alcance. «Tomad sobre vosotros mi yugo [...], porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»⁵ Según esta perspectiva, la santidad no es exclusiva de ciertos monjes o sacerdotes, ni siquiera de algunos laicos que sirven en el ambiente eclesiástico. La amistad con Dios no la impiden ni el trabajo ni los hijos ni las necesidades ni las enfermedades; al contrario, todas estas circunstancias implican una amistad más profunda con Dios; ellas no deben formar obstáculos o pretextos que separen a Dios de nuestra vida, sino motivo de clamor al Señor y de refugio en Él. En las angustias, tendremos a Dios como el mejor amigo.

La santidad es una posibilidad y opción para estas circunstancias. Pues, dado que la santidad no es un logro personal sino un logro de Dios con y en nosotros, Dios sin lugar a duda está presente cuando más apuros hay, ayudando y fortificando a los que más lo necesitan. En este sentido, dice san Pablo: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la Gracia.»⁶ El Señor Jesús le enseñó que la fuerza de Dios se muestra perfecta en nuestra flaqueza.⁷ El amor que Dios manifiesta al salvar a un justo es incomparable con lo abundante que es cuando salva a una persona débil, necesitada o enredada con las preocupaciones del mundo y sus necesidades. Dios no es una teoría que los acomodados «contemplan», ni una pieza de música clásica que los pudientes analizan; Dios es Gracia para los necesitados. El enfermo, el jefe de la familia, el trabajador y los hombres que se encuentran en las situaciones más difíciles son los que tienen más necesidad y posibilidad de estar cerca de Dios y Él, de ellos.

El pretexto de que las necesidades de la vida imponen que pospongamos y cancelemos las «cuentas pendientes» con Dios, surge esencialmente de un concepto equívoco que considera a Dios como un lujo que no pertenece a los momentos de necesidad, del trabajo y del apuro. ¡Dios es todo menos esta visión! Él es el Padre que ha bajado de su cielo para cambiar en nosotros esta visión; ha descendido del cielo para introducirse en nuestra vida en lugar de ser el objeto de nuestras teorías. «Inclinó el cielo y bajó»,⁸ para compartir con nosotros todo lo que nos preocupa: familia,

trabajo... Dios está aquí, ha encarnado para estar con nosotros en todo camino; el Reino de Dios está en nuestro corazón y Dios ha puesto su morada entre nosotros. «Hacia el Señor, cuando en angustias me encontraba, clamé, y Él me respondió.»⁹ «Pongo al Señor ante mí sin cesar.»¹⁰ «Tu vara y tu cayado, ellos me han sosegado.»¹¹ Todas ellas son hermosas oraciones que recitamos y nos enseñan que Dios está con nosotros y jamás en contra. Dios es nuestro protector y no juzgador; Dios es gracia y no obligación; está aquí y no allá. Dios está en la puerta y toca siempre: ¡abrámosle para que entre y cene con nosotros!

La santidad es esta batalla cuyo objeto es apegar a la Presencia de Dios en nuestra vida, unir el cielo a nuestra *tierra* e introducir la vida de Dios en la nuestra. Dios no suprime nuestra vida sino que la injerta. El Reino de Dios no está allá: es nuestra vida «oculta en Cristo». Dios es la levadura que penetra en la masa de nuestra vida, le da su sabor y la hace pan vivo para los hombres y el mundo.

El catecismo, a menudo, con el afán de enfatizar la santidad de Dios y el arrepentimiento, colabora en agrandar el hueco entre la inmaculada vida de Dios y la pecaminosa del hombre. Y la exageración en esta enseñanza provoca incrementar el distanciamiento de la vida de Dios de la nuestra: que Dios está allá en su santidad y nosotros en nuestros agotamientos; y lo que nos une a Él es pedir perdón y la remisión, el temor y el *corbán* (esto es, la oblación), también algunos momentos

de oración que forman mensajes que emitimos en la frecuencia de la fe –además de la duda– con una esperanza frágil de que le llegue y de que, en caso de llegar, la leyere. En este contexto, la santidad se vuelve una verdad, sí, pero no para nuestro mundo: una verdad teórica o, con otra palabra, una mera «enseñanza».

El Señor es el «Amo de mi vida»; está para mis debilidades no para gozar las melodías de mi «oración». De hecho, la oración debe ser edificada sobre la base de la Presencia de Dios, además de la nuestra. En la oración Dios está presente, y su Presencia implica mucha devoción y mucha alegría; es la presencia del Padre entre sus hijos. «Apartémonos de todo interés mundano»¹², esta frase y muchas otras enfatizan la importancia de no distraerse en la oración, de concentrarse en las palabras y de venerar la divina Presencia: esa es la importancia de la pureza de la oración. Todo eso no significa que apartemos del tiempo de la oración nuestras humanas preocupaciones, problemas y dificultades como si estuviéramos en románticos momentos que no deben ser interrumpidos por la realidad de la vida con sus dolores. Al contrario, la oración es el grito de un corazón herido por todas estas preocupaciones; grito en la Presencia de Dios, grito a Él. Las preocupaciones, junto con todos los momentos de alegría, de agradecimiento y de felicidad, forman la ofrenda de nuestra oración, forman las palabras no escritas que se mezclan con las líneas de las letras impresas del texto ritual.

¿Acaso puedo hoy orar con las palabras de san Basilio Magno o del profeta David mientras mis preocupaciones, tiempo, vida..., son totalmente deferentes? Obvio que no, cuando sólo recito letras, palabras y textos que ellos compusieron; pero seguramente que podré, cuando estos textos sean para mí palabras, líneas y profundas expresiones donde incluyo mi propia oración. Las oraciones escritas no son piedras que traslado del tiempo de los progenitores al mío: más bien, son *vasijas* que llevan sobre sus hermosas líneas los sentidos de mi oración, *líneas musicales* que sostienen mi *poema* con todos mis sentimientos y necesidades. Es entonces cuando la oración se vuelve la *melodía* que Dios interpreta junto con nosotros, en lugar de cartas que enviamos, quizás sin la esperanza de que, un día, recibiremos contestación.

Una cosa es «la oración» y otra, los rezos (como textos); una cosa es la adoración y otra son los ritos. Los textos son medios de la oración, y lo ritual (lugares, símbolos, tiempos, reverencias) es instrumento de la adoración.

La oración y la adoración son efectuadas «en Espíritu y en verdad», mientras los rezos y los rituales pueden realizarse en este monte o en aquél, en Samaria o en Jerusalén¹³, con mis propias palabras o, quizás mejor, con las de los otros, de poetas cristianos e himnógrafos. Puedo orar en mi cuarto o en otro, en el templo cercano o en el lejano, pero la oración no puede ser sino la mía. Quizás, es mejor que usemos los instrumentos y

melodías que una historia larga y rica en santidad ha instituido, y que oremos en templos que otros fieles han construido, o que nosotros construimos para las generaciones venideras; pero en todos estos templos y con todos aquellos rezos, Dios no aceptará sino nuestra propia oración.

A menudo, nos acostumbramos –conforme al estático catecismo que recibimos– a repetir y recitar las oraciones de los demás: la oración como deber, cartas caídas que Dios jamás recibe. Dios es un vivo interlocutor que no presta oído a palabrería; es el Amo que, por su infinito amor, se coloca ante nosotros como siervo en plena disposición a nuestro servicio. En eso consiste nuestra salvación: la salvación que pertenece, no al «allá», sino al «aquí».

Se habla de un famoso escritor cristiano que había interpretado las santas Escrituras en varios tomos, que una vez, al entrar a un templo, el sacerdote le pidió que ofreciera un sermón. Cuando él subió sobre el ambón, encontró abierta la Biblia en el pasaje que dice: «¿Por qué has puesto mis palabras en tu boca, oh pecador?» Al leer este verso, sin que pudiera pronunciar ni una sola palabra, lloró y bajó. En realidad, él sí, oró y no nada más leyó. Entre las líneas y las palabras del profeta, él leyó su propia oración.

La manera como oramos es de lo más importante para tener a Dios como amigo y no como extraño.

¹ Jn 15: 15

² Lc 22: 42

³ Mt 6: 9

⁴ 2 Cor 6: 18

⁵ Mt 11: 29-30

⁶ Rom 5: 20

⁷ 2 Co 12: 9

⁸ Sal 18: 10

⁹ Sal 120:1

¹⁰ Sal 15: 8

¹¹ Sal 23: 4

¹² El canto de la Entrada Mayor, *Dívina Liturgia de San Juan Crisóstomo*

¹³ Jn 4: 21-24